



**El peso del nazismo en la sociedad alemana en *La lección de alemán* (Christian Schwochow (Alemania, 2019))**

Por Igor Barrenetxea Marañón  
Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Schwochow es un ya reconocido director que pertenece a una nueva generación de alemanes que arrancó su prometedora carrera con el filme *Niña de noviembre* (2008) y al que han seguido otros títulos. Dentro de su filmografía podremos encontrar un interés por la historia de Alemania y su memoria en *The Tower* (2012, TV), por ejemplo, en la que llevaría a cabo un retrato de la RDA; en *Al otro lado del muro* (2013), se fijará en la huida de los berlineses orientales a

Occidente; y en *Bornholmer Strasse* (TV, 2014), en tono de comedia, el devenir de los guardianes del muro de Berlín poco antes de su caída. En esta línea, Schwochow explora otro territorio más, el pasado nazi y sus traumas latentes.

No hay duda de que este marco es un filón para el cine alemán, reportándole numerosas y amplias miradas, desde recreaciones historicistas, como *El hundimiento* (2004), a visiones más metafóricas como *Lena* (2012) o *La sombra del pasado* (2018), que desvelan el profundo desgarró y las enseñanzas que han de extraerse. De hecho, también *La lección de alemán*, adaptación de la novela homónima de Siegfried Lenz, utiliza la pintura como un elemento icónico frente al totalitarismo.



La historia se ambienta en una pequeña localidad rural, hermosa, áspera y desolada, donde la fotografía cobra una relevancia crucial, ya que describe con sutil desnudez la capacidad de penetración y perversión del nazismo en la mentalidad germana, incluso en

DOI: <https://doi.org/10.1344/fh.2022.32.2.476-479>



lugares tan recónditos y donde los lazos de amistad y familia deberían ser mucho más estrechos. Tras este agreste y natural paisaje hay una historia tersa, fría y desoladora a nivel humano.

A diferencia del cine norteamericano, esta filmografía es menos didáctica y más minimalista, pero, en este caso, la apuesta redonda en una sintaxis visual, en su amargo lirismo, aún más efectista en este marco, nada casual, de casas aisladas,

noches de oscuridad y tormenta, carreteras solitarias, gaviotas, todo ello bajo el influjo dominante de una marisma.

El inicio del filme evidencia que sus imágenes son un proceso de catarsis. El protagonista, Siggie, es un adolescente encerrado en una sucia y desvencijada cárcel. No conocemos nada de él salvo que en la política penitenciaria les obligan a escribir redacciones como terapia. En esta ocasión, el título elegido para la disertación va a ser "Los placeres del deber" ... Mientras todos sus compañeros se ponen a escribir de forma desaforada, Siggie no puede, se hiere con la pluma y deja el cuaderno en blanco. Cuando le preguntan por ello, sincero, aunque muy parco en palabras, les responde que tiene tanto



que contar que no ha sabido como hacerlo. Y le permiten estar en una celda aislado para narrar su historia y ahí comienza a desahogarse, liberando su mente llenando páginas

En la misma localidad, no lejos de donde vive Siggie, habita Ludwig, un pintor expresionista y su mujer. Jens acudirá una noche, acompañado por Siggie, para informarle que, por orden



y páginas de recuerdos.

A partir de ahí, en un flashback, la trama nos retrotrae a la infancia de Siggie y a su relación con su padre, Jens Ole Jepsen. Este es un policía de la localidad, un hombre rígido y muy estricto, orgulloso de ser fiel a su deber como funcionario público. Más tarde, se comenta que su hijo mayor se halla en el frente, luchando heroicamente por la patria, por lo que de una manera sutil y depurada acaba mostrándonos el difícil contexto de la Segunda Guerra Mundial. Pero no es la guerra lo importante, aunque esté presente, sino ese proceso de perversión de la sociedad por parte del nazismo (algo que ya se trató en *Sophie Scholl* (2005)).

de la capital, está obligado a dejar de pintar. Ludwig es considerado por parte de las autoridades uno de esos artistas *degenerados* que pinta cuadros *perturbados*, y tratado como si fuese una *amenaza* social, a pesar de que Jens tiene varios cuadros de su amigo en su domicilio, incluido un retrato de su mujer. Claro que el pintor no cesa en su empeño de proseguir con su labor, lo cual tensa sus relaciones con Jens, a pesar de que ambos han crecido juntos, y este le debe la vida, pero eso no evita que el policía quiera cumplir con su *deber* de forma obsesiva. Siggie visita al pintor con regularidad y como Ludwig no puede crear, intentará enseñar al niño a dibujar. Aun con todo, su padre, celoso guardián de la ley, vigilará cada

paso de Ludwig y prohibirá a su hijo desarrollar su vena artística.

El pobre Siggi se encontrará atrapado entre la admiración por el pintor y la rígida actitud de un progenitor que no dudará en obligarle a espiarle. La misma obcecación de Jens por ser fiel a la ley, en un marco natural como este, donde bien podría dejarlo correr, provocará no solo un enfrentamiento directo con Ludwig, sino hasta consigo mismo, cuando su hijo mayor, del que se sentía orgulloso por estar luchando en el frente, regresa como desertor..., en estas circunstancias, no dudará en denunciarlo. Siggi, niño incapaz de entender esta realidad, se inclinará cada vez más a constituir su propio universo, refugiándose en una antigua granja vacía, donde por el suelo se pueden ver hojas escritas en *yiddish*, muy indicativo de que pertenecía a una familia judía sacada de allí por la fuerza.



Allí, Siggi esconde sus *tesoros*, montañas de esqueletos de animales muertos (alegoría de los horrores del nazismo) y algunas pinturas de Ludwig. Y en esta batalla interior su inocencia acabará por verse

perturbada. Claro que incluso cuando el final de la guerra parece traer consigo un cambio, este círculo maldito no se cerrará.

*La lección de alemán* es, en suma, una muy interesante apuesta tanto formal como moral, donde no se menciona ni una sola vez al nazismo, pero está muy presente. Su sombra recorre lo largo y ancho de una narrativa tan circunspecta como hermosa, tras la cual radiografía de una forma elocuente y amarga el efecto tan negativo provocado por esta ideología en la sociedad y en las personas, una advertencia contra su deshumanización. El deber sin conciencia, queda claro, no lo es todo.

T. O. Deutschstunde. 2019, Alemania.  
Productoras: Wild Bunch, ZDF, Network Movie Film-und Fernsehproduktion, Senator Film Produktion.  
Dirección: Christian Schwochow.  
Guion: Heide Schwochow. Novela: Siegfried Lenz.  
Música: Lorenz Dangel. Fotografía: Frank Lamm. Intérpretes: Ulrich Noethen, Tobias Moretti, Levi Eisenblätter, Tom Gronau, Johanna Wokalek, Sonja Richter, Maria-Victoria Dragus, Louis Hofmann, Artus Maria Matthiessen y Marek Harloff. Duración: 130 min.